

## ENCANTO Y DESENCANTO GRIEGO EN LA OBRA BOLIVARIANA

---

Felipe-G. Hernández Muñoz  
Universidad Complutense de Madrid

No es la primera vez que la influencia que los clásicos greco-latinos hayan podido tener en la obra de Simón Bolívar ha merecido la atención de los críticos. M. Briceño Perozo y, más recientemente, M. Nava C.<sup>1</sup> han aludido a él en trabajos valiosos, que, sin embargo, en mi opinión, presentan ese pretendido influjo como algo constante y homogéneo a lo largo de su obra, a la vez que adolecen de un quizá excesivo idealismo<sup>2</sup> que omite mencionar algunos silencios significativos, ciertas impropiedades y tergiversaciones en el uso de los modelos clásicos y, lo que es más importante, cierto "desencanto" final por ellos. Permítaseme, pues, que, modestamente y desde el otro lado del Atlántico, intente aportar mi "grano de arena" en este aspecto tan interesante de la obra del Libertador. Tras una introducción sobre la formación clásica de Bolívar y sus fuentes literarias, sucesivamente nos ocuparemos en este trabajo de la influencia de los héroes homéricos, las menciones generales a Grecia y sus ciudades, los filósofos griegos, los personajes históricos (primero, atenienses y, después, espartanos y otros), para terminar con los mitológicos, incluidos los dioses, y una valoración de conjunto.

---

<sup>1</sup> Cf. Briceño Perozo (1992); Nava (1996:225-234) y 1996b. La idea de realizar este trabajo nació tras una animada tertulia de sobremesa con el Prof. Nava. Una primera versión fue presentada en el *I Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana y Tradición Clásica*, Barcelona-Valencia 1997.

<sup>2</sup> Briceño Perozo (1992:92) ha podido hablar de una "paideia bolivariana".

Quizá sería necesario que los estudios literarios sobre Simón Bolívar vayan dejando a un lado el aspecto político, incluso patriótico, del problema para centrarse en una figura que, además de estadista, fue un gran escritor. Comprendo que todavía en Latinoamérica ese esfuerzo de distanciamiento resulta difícil, pero, en la medida de lo posible, debería irse consiguiendo. No hace falta decir que el presente trabajo se ha realizado desde el más profundo respeto a una figura histórica tan importante, y que las críticas que hayan podido deslizarse responden a ese pretendido esfuerzo de objetividad. El autor quiere dedicarlo a todos los colegas y amigos del Departamento de Clásicas de la Universidad de Los Andes.

El contacto de Simón Bolívar con los clásicos greco-latinos estuvo presente desde los inicios de su formación académica. Es conocido que, durante un tiempo, estuvo interno en casa del ilustrado Simón Rodríguez, quien regentaba escuela de primeras letras en Caracas, y que entre sus maestros figuran nombres como los de Guillermo Pedrón (latinidad) y, sobre todo, Andrés Bello (historia y geografía). Asimismo, que en 1799 viaja a Madrid donde estudia bajo la dirección de sus tíos y del Marqués de Ustáriz. No es descabellado pensar que también aquí frecuentaría a los clásicos, sobre todo teniendo en cuenta que por estos años florecía en esta ciudad la "Academia Greco-Latina Matritense".<sup>3</sup> Otro tanto cabría decir de su estancia en París, tras su paso por Madrid y Cádiz, en donde trató a Alejandro Humboldt.

El gusto por los clásicos griegos es algo reconocido por el propio Bolívar, como él mismo afirma en su polémica con Mollien: "pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado como yo (...) a todos los clásicos de la antigüedad" (Carta fechada en Arequipa, 20 de Mayo de 1825), y continúa, un tanto socráticamente, "aunque, por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción puede ser en América bajo el poder español".

La costumbre de leer a los clásicos no la abandonó Bolívar ni siquiera en campaña, como nos recuerda el cronista L. Perú de Lacroix en el *Diario de Bucaramanga*: "Parte del día lo pasó el Libertador leyendo *La Odisea*, de Homero". No es extaño, por tanto, que el poso homérico se trasluzca continuamente cuando el Libertador ejerce como crítico literario, especialmente en la que hace de *A la victoria de Junín*, de J. J. de Olmedo (Carta fechada en Cuzco, 27 de Junio de 1825): "Si yo no fuese tan bueno y Vd. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Vd. había querido hacer una parodia de la *Iliada* con los héroes de nuestra pobre farsa". Hay que recordar que en el poema de Olmedo Bolívar es el Aquiles que pone en manos de Sucre-Patroclo la victoria. Aunque toda la crítica de Bolívar está llena de reminiscencias homéricas (Aquiles, Patroclo, Mentor, Helicón, etc.),

---

<sup>3</sup> La documentación de esta Academia está siendo objeto de estudio por parte de un grupo interdisciplinar, del que formo parte, aglutinado en torno al Proyecto de Investigación nº 06/0069/97, subvencionado por la Comunidad de Madrid.

el propio Bolívar es consciente de la distancia existente entre las gestas homéricas y las suyas propias, y, más aún, entre Homero y Olmedo, porque unas son literatura, mientras que las otras están aconteciendo en la realidad: "Es inútil pintar tempestades en medio de la calma; por más que Homero revienta su pecho cantando los furios de Aquiles, todo lector se queda tan pacífico como antes" (Carta al Vicepresidente de Colombia, Huamachuco, 6 de Mayo de 1824).

Aunque haya la tentación, confesada o no, de ver la guerra de emancipación en tonos épicos, hay también conciencia de la distancia entre ambas. Y vemos también que a veces el uso que se hace de los modelos griegos es un tanto discutible. Comparar a Bolívar con Aquiles no parece algo tan positivo si se tiene en cuenta su retirada del combate por motivos personales (la célebre "cólera"), así como la caducidad a la que estaba destinado. Otro tanto puede decirse cuando el propio Bolívar, para elogiar al ejército colombiano que ha llevado la libertad a Perú, dice de él que "son los diez mil inmortales" (Carta a Santander, fechada en Lima el 23 de Febrero de 1825). Sin duda, el Libertador tiene en mente la *Anábasis* de Jenofonte, pero no hay que olvidar que los diez mil griegos, con Jenofonte a la cabeza, que reclutó Ciro para ir contra su hermano Artajerjes era una tropa mercenaria que luchaba en país extranjero, cuya expedición, además, terminó en el más completo de los fracasos, cosa que no parece muy apropiada decirla del ejército colombiano. La impropiedad de la analogía queda, si cabe, más patente si recordamos que ya en 1812 Bolívar se manifestó taxativamente en contra de cualquier tipo de tropa mercenaria: las nuevas repúblicas no necesitan -afirma el Libertador- tropas mercenarias, como tampoco las necesitaron Roma, Venecia, Génova, Suiza, Holanda y Norteamérica, con un significativo silencio sobre Grecia ("Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño", fechada en Cartagena de Indias el 15 de Diciembre de 1812).

Antes nos hemos referido a la influencia homérica en Bolívar. No es, por tanto, extraño que algunos de sus héroes aparezcan por sus páginas, y no siempre de manera positiva, como el "Coronel Castillo, que no merece entrar en lid conmigo, sino como Tersites con Ulises" (Carta al Presidente del gobierno de Nueva Granada, Cuartel General de Santa Fe, 22 de Enero de 1815). El aguijonazo de Bolívar va

contra su rival, Manuel de Castillo y Rada, que, un tanto humorísticamente, es comparado con Tersites, personaje "bizco y cojo" de la *Iliada* y de comportamiento insolente con Aquiles, Agamenón y Ulises-Bolívar.

La comparación con Ulises retornará elogiosamente en boca del Libertador en la persona de Hermógenes Maza, vencedor en la batalla de Tenerife, "quien hubiera atacado a los gigantes, aunque fueran de la estatura de Polifemo", comparación de la que no salen muy bien parados sus rivales españoles.

La mujer de Ulises, Penélope, aparece en alusión a la fidelidad de Natalia, la amada de Herrera: "Herrera se ha acordado mucho de su casta Penélope" (Carta a Santander, fechada en el Rosario el 31 de Julio de 1820). También en un contexto galante, esta vez con referencia a la esposa del general Sucre, le desea Bolívar que "¡Ojala sea Vd. más dichoso que los héroes de la Grecia cuando tomaron Troya. Quiera el cielo que Vd. sea feliz en los brazos de su nueva Penélope!" (Carta a Sucre, fechada en Bogotá el 28 de Octubre de 1828).

Mentor, amigo fiel de Ulises, encarnación de la diosa Atenea que protege a Telémaco, es el personaje que tiene en mente cuando escribe al abate Pradt, antiguo arzobispo de Malinas: "El día afortunado que V.S.I. pusiese los pies en el mundo de Colón, me parecería ver a Mentor pisando las riberas de Ítaca. ¡Oh cuántos Telémacos encontraría V.S.I. en este nuevo Universo" (Carta fechada en Chancay el 15 de Noviembre de 1824). Si el abate es como Mentor, hay que pensar en un Telémaco-Bolívar de la nueva Ítaca americana. En una carta posterior, fechada en Lima el 20 de Marzo de 1824 llamará "Néstor de la libertad" al longevo general La Fayette, comparándolo con el anciano y prudente rey de los pilios.

Como ya hemos visto en el caso de Tersites, no todas las referencias al mundo homérico poseen connotaciones positivas. En Carta a R. Urdaneta (Turbaco, 2 de Octubre de 1830), le ordena, taxativo: "Saque Vd. los soldados de Ulises de las cavidades del caballo de Troya". Parece, pues, que, pese a alguna afirmación en sentido contrario (cf. la crítica a J. de Olmedo), en la mayoría de los pasajes la guerra de Emancipación la entendía Bolívar casi como una reedición de la de la *Iliada*, con sus correspondientes tonos épicos.

Dejando a un lado las alusiones homéricas para pasar a las referencias generales a la Grecia antigua y sus ciudades, Bolívar no tiene empacho en considerar a las nuevas repúblicas americanas como "nuestra nueva Grecia". Por ello, hay que evitar que tras la Emancipación queden estas repúblicas "como la vieja (sc. Grecia) después de la guerra del Peloponeso, en estado de ser conquistada por un nuevo Alejandro" (Carta al general Santander, fechada en Lima el 11 de Marzo de 1825), constituyendo ésta una de las escasas referencias de Bolívar a Alejandro Magno, un genio militar que *a priori* podría resultar más grato a otro como Bolívar, pero que por su política expansionista y antidemocrática se tiñó, como en le presente pasaje, de una valoración negativa. El silencio sobre el paladín de la resistencia antimacedónica y defensor a ultranza de la libertad griega, Demóstenes, resulta, sin embargo, más enigmático.

Seis años antes, en el "Discurso de Angostura" (15 de Febrero de 1819), como un nuevo Pericles en su "Discurso fúnebre", había considerado Bolívar a Grecia como una "escuela" para el mundo, ampliando la nómina con otras ciudades y naciones antiguas y modernas: "Y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas y sobre todo útiles".

El magisterio de Grecia queda plasmado, en primer lugar, en el de Atenas, "madre de las ciencias y de las artes" (Artículo de prensa acerca de "La instrucción pública", 1825), de la que se debe recuperar la institución del Areópago ("Discurso de Angostura" -1819- y Discurso ante el Congreso Constituyente de Bolivia -1826-), suerte de "poder moral" que preserve la virtud de los ciudadanos.<sup>4</sup> Como en Atenas, la fuerza de una nación reside en la opinión de sus ciudadanos: "Por la opinión ha preservado Atenas su libertad de la Asia entera" (Discurso ante el Presidente de la Unión Granadina, 13 de Enero de 1815).

Bolívar es consciente desde el principio de que junto a factores positivos en la historia de Atenas -y de Grecia en general- los hubo también negativos: "¿En Atenas no eran los esclavos cuatro veces

---

<sup>4</sup> Cf. Briceño Perozo, 90.

más que los ciudadanos" (Carta al Redactor de la Gaceta Real de Jamaica, Kingston, 28 de Septiembre de 1815). Sin embargo, ello no obsta para que su visión inicial sea fundamentalmente positiva, que con el paso del tiempo irá dejando paso a otra más pesimista, a lo que hemos llamado un "desencanto griego" a medida que alrededor del Libertador iban creciendo las discordias e incomprensiones, y a medida también que lo americano se le iba dibujando con unos perfiles propios, específicos, no extrapolables al caso griego. Este "desencanto" gradual, ejemplificado en Atenas, puede comprobarse en los siguientes textos:

"¿Habrà historia más turbulenta que la de Atenas?". Sin embargo, es una de las "cuatro naciones que más honran la raza humana por sus virtudes, su libertad y su gloria" (Carta al Redactor de la Gaceta Real de Jamaica, Septiembre de 1815).

"Atenas la primera nos da el ejemplo más brillante de una democracia absoluta, y al instante la misma Atenas nos ofrece el ejemplo más melancólico de la extrema debilidad de esta especie de gobierno" ("Discurso de Angostura", Febrero de 1819).

"Estamos muy lejos de los hermosos tiempos de Atenas y de Roma y a nada que sea europeo debemos compararnos" (Carta a Santander, Magdalena, 8 de Julio de 1826).

"Además, la infamia de mi país nativo me recuerda los crímenes de Atenas" (Carta a Castillo y Rada, 4 de Enero de 1830).

Tal desencanto lo había anticipado ya Bolívar en una carta a Santander fechada en S. Carlos el 13 de Junio de 1821. El testimonio es muy interesante por la descalificación y la comparación plástica que contiene. El edificio legal que construyó Grecia es como una base gótica frágilmente asentada sobre un polvorín, sobre el volcán (¿el Chimborazo?) americano: "Los suaves filósofos de la legitimada Colombia. Los que se creen Licurgos, Numas, (...) los que completan nuestro exterminio...para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter".

Volviendo a los elogios de la Grecia antigua, es interesante constatar que si Bolívar destaca inicialmente de Atenas su liberalismo y democracia para criticarlos después, en el caso de Esparta silenciará los evidentes aspectos negativos (falta de libertad,

aislamiento, autoritarismo, etc.)<sup>5</sup> para centrarse casi únicamente en los positivos a juicio de un militar y estadista como Bolívar (austeridad, potencial de su ejército), llegando a situar –como veremos luego con más atención– personajes espartanos como Licurgo por encima de atenienses como Solón: "Licurgo produjo más efectos en Esparta que Solón en Atenas" ("Discurso de Angostura", Febrero de 1819), una Esparta que calificará de "virtuosa e invencible" en el artículo acerca de la Instrucción Pública, fechado en 1825.

Tebas y Corinto también merecerán alguna mención. En el mismo "Discurso de Angostura" se referirá a la primera en las personas de Pelópidas y Epaminondas para alertar sobre el riesgo que corren las repúblicas americanas si lo confían todo exclusivamente a las fuerzas de un solo hombre, Bolívar. Teniendo en mente el "tópos" clásico de que una ciudad no son sus murallas sino sus hombres, afirma en el citado discurso que "la república de Tebas no tuvo más vida que la de Pelópidas y Epaminondas, porque a veces son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos".

Las referencias a Corinto se centran en su Istmo. Como Aristides en su discurso *Ístmico* (XLVI K), también Bolívar ve en él sólo su papel positivo de nexo de unión y concordia entre las ciudades griegas, omitiendo que Corinto, rival de Atenas, fue también foco de conflictos, como lo prueba la existencia en los primeros años de s. IV a. C. de una "Guerra de Corinto" o que la propia Guerra del Peloponeso tuviera como una de sus causas la hostilidad entre Corinto y Atenas. Bolívar llegó a creer que el Istmo de Panamá, con el Congreso allí convocado, podría ejercer en su época un beneficioso papel de concordia semejante –incluso superior– al que desempeñó el de Corinto:<sup>6</sup> "¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?" (Invitación para el Congreso de Panamá, Lima, 7 de Diciembre de 1824). Su optimismo continuó el año siguiente ("Y si el Istmo de Panamá ha representado la segunda escena del de Corinto, que vio reunir en su seno embajadores libres de repúblicas gloriosas

---

<sup>5</sup> En la Carta al Redactor de la Gaceta Real de Jamaica (Septiembre de 1815), en la que también se desliza una crítica a la esclavitud en Atenas, encontramos una referencia a la situación de los ilotas: "¿Los campos de Esparta no los cultivaban los ilotas?".

<sup>6</sup> No hay que olvidar que en Corinto fue elegido Alejandro para dirigir la guerra contra Asia.

(...): Carta a Manuel Lorenzo Vidaurre, La Paz, 30 de agosto de 1825), pero se dispó un año después: "Yo veo al Congreso del Istmo como a una representación teatral" (Carta a Santander, Magdalena, 8 de Julio de 1826), con la metáfora del "teatro del mundo" trasladada al terreno de la política.

Los filósofos griegos no parecen interesar demasiado a Bolívar, salvo Sócrates y Platón. Parafraseando al primero, ya le vimos decir en la réplica a Mollien (20 de Mayo de 1825) que "yo no sé nada", frase paradigmática de la modestia socrático-bolivariana. A su preceptor Simón Rodríguez lo llamará "el Sócrates de Caracas", añadiendo con un toque de humor: "en pleito con su mujer, como el otro con Jantipa, para que no le falte nada socrático" (Carta a Santander, fechada en Pachasca el 8 de Diciembre de 1823). Y hablando de mujeres, en carta al mismo destinatario, fechada en Huamachuco tres meses después, declarará su preferencia por su preceptor, por el estudio, en vez de por una amante, como la de Pericles, que pudiera distraerle de sus obligaciones: "Yo prefiero a Sócrates a la hermosa Aspasia".

Pero junto a estas afirmaciones, también encontramos las contrarias en la que muestra su desencanto por lo griego, la imposibilidad de una "paideía" de corte clásico ante la especificidad del hecho americano: "Catón, y Sócrates mismo, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo a los próceres de nuestra sagrada religión" (Carta al obispo de Popayán, 10 de Junio de 1822). La referencia a Platón también posee un matiz fuertemente negativo en otra carta a Santander, fechada en S. Carlos el 13 de Junio de 1821, donde encontramos a un Bolívar que proscibiría a los juristas de la república de Colombia como hizo Platón con los poetas en su *República*. Al final, el interés de Bolívar por la política se fue disipando por el de la filosofía, como sintetiza solemnemente una frase suya extraída de un carta a Olmedo, fechada en Bucaramanga el 6 de junio de 1828: "cansado de imitar a Alejandro ando en pos de Diógenes".

Como ya hemos visto al hablar de las ciudades, este desencanto final por lo griego puede advertirse claramente en los principales personajes históricos atenienses a los que se refiere. Por ejemplo, la labor de una figura tan importante como la de Solón, político-poeta que facilitó con sus reformas y su papel de moderador entre fuerzas

políticas opuestas el tránsito en Atenas hacia la democracia, no parece suficientemente valorada cuando dice que "su obra ingeniosa" tuvo menos efectos que la de Licurgo en Esparta (Congreso de Angostura) o cuando en carta a Santander (Magdalena, 8 de Julio de 1826) escribe: "Y veo nuestras leyes como Solón, que sólo servían para enredar a los débiles y de ninguna traba a los fuertes".

No sólo el espartano Licurgo sino que hasta el severo Dracón se ponen por encima de Solón en unos momentos en que Bolívar aprecia sobremanera la rigurosidad de los legisladores, porque "Dracón dio leyes de sangre a Atenas, y Atenas las sufrió" (Carta a G. White, fechada en S. Cristóbal el 26 de Marzo de 1820).

Otros personajes atenienses que desfilan por sus páginas tienen también un cariz negativo. Es el caso de Pisístrato: "No soy un Pisístrato que con finas supercherías pretende arrancar vuestros sufragios" (Discurso a la Asamblea celebrada en Caracas, 2 de Enero de 1814). Tampoco se quiere comparar el Libertador con Temístocles, el vencedor de Salamina, que, sin embargo, sufrió el "ostracismo" de sus conciudadanos, "pasándose a los persas, los más crueles enemigos de su patria" (Carta a Santander, Pativilca, 23 de Enero de 1824), ni con Milcíades, el triunfador de Maratón, quien, tras un fracaso militar, fue condenado a prisión. Como Milcíades, un Bolívar libertador de su patria barrunta negros nubarrones de parte de los mismos liberados: "Que esos indiferentes de voz mandarán mañana y entonces harán morir, como a Milcíades, a los libertadores de la patria" (Carta a Soubllette, 19 de Junio de 1820). Lo mismo cabe decir de Foción: "Yo no soy tan virtuoso como Foción, pero mis servicios me igualan con él; y sin embargo (...) algo se parece la ingratitud de nuestros ciudadanos" (Carta a Fernández Madrid, fechada en Fucha el 6 de Marzo de 1830).

A veces las referencias bolivarianas tienen un cierto carácter paradójico explicable por las circunstancias que rodeaban sus escritos. Por ejemplo, en el ya varias veces citado "Discurso de Angostura" y ante un Congreso reticente en concentrar más poderes en manos de un solo hombre, Bolívar, el Libertador defiende que lo fundamental no son los cargos, sino el talante de los hombres que los desempeñan, y cita el caso de Pisístrato, que, aunque "usurpador y tirano, fue más saludable a Atenas que sus leyes", o el de Pericles, asimismo "usur-

pador" pero también "el más útil ciudadano" de Atenas: quizá en la mente de Bolívar anidara la idea de ser un nuevo Pericles con plenos poderes democráticos en las nuevas repúblicas emancipadas.

En cuanto a los personajes espartanos, ya nos hemos referido a su visión fundamentalmente positiva de Licurgo, quien "hizo mutaciones asombrosas" en su ciudad (Borrador del Mensaje del 29 de Febrero de 1828) y cuya labor se considera superior a la de Platón: "Licurgo estatuyó en Esparta lo que Platón no se había atrevido a soñar en su República" (Carta a G. White, S. Cristóbal, 26 de Marzo de 1820).

Otro personaje espartano, el rey Leónidas, es el parangón elegido para honrar la memoria del coronel Girardot, "un nuevo Leónidas que resovió perecer con sus dignos soldados que ceder un punto al poder de su enemigo" (Ley dada en el Cuartel General de Valencia el 30 de Septiembre de 1813). Si -ya lo hemos visto- la guerra de Emancipación se presenta a veces como una reedición de la Guerra de Troya, otras se parangona con las Guerras Médicas, en las que los americanos son los esforzados griegos y los españoles los persas invasores.

En la nómina de personajes históricos griegos hay que incluir también los nombres de Dionisio I de Siracusa, figura con la que en el Discurso ante el Congreso Constituyente de Bolivia (25 de Mayo de 1825) intenta disuadir a "los pretendientes de coronas", sobre las que pendería la espada de Damocles.

Ya hemos señalado que el trato dado a la figura de Alejandro es llamativo. *A priori* parece que podría haber sacado mayor partido de un talento militar y político como el del Macedonio, pero su significado antidemocrático pudo ejercer un cierto tabú sobre él. A pesar de algunas referencias en tono negativo, como la contenida en la carta a Sucre (fecha en Magdalena el 12 de Mayo de 1826) en la que muestra sus reticencias a que el destino de las nuevas repúblicas vaya unido al de una sola persona por temor a que ocurra como en Tebas a la muerte de su caudillo Epaminondas, destruida completamente por Alejandro, o la referencia galante de la carta a Santander (El Rosario, 31 de Julio de 1820), incapaz de tener, como Alejandro, ningún digno sucesor en las conquistas...amorosas, a pesar -decimos- de estas referencias y de otros silencios tanto más sig-

nificativos, la figura de Alejandro Magno siempre parece haber estado, consciente o inconscientemente, detrás de la del propio Bolívar, como el propio Libertador confiesa al final de su vida, sancionando así su abandono de la política activa y su ingreso en una suerte de "exilio interior": "cansado de imitar a Alejandro ando en pos de Diógenes".

Y abordamos ya la última parte de nuestro trabajo, la dedicada a las referencias mitológicas. En carta a Santander, fechada en Lima, el 8 de Septiembre de 1823, se queja de que "el Congreso y el pueblo peruanos han creído que yo tengo el hilo del Laberinto de Creta y que, como Teseo, saldré de él", comparación en que implícitamente se compara al poder español con el Minotauro. Años más tarde, en carta a R. Wilson (Caracas, 26 de Mayo de 1827), la referencia es a los Trabajos de Hércules, menores -a juicio de Bolívar- de los que se le exigen a él.

Las alusiones mitológicas a España son, naturalmente, muy negativas. El poder español es -ya lo hemos visto- el monstruo Minotauro contra el que tiene que luchar Teseo-Bolívar o los Centauros en lucha con los Lapitas americanos (Carta a Monteagudo, Guayaquil, 5 de Agosto de 1823).

La situación interna no es mucho mejor, como si de una nueva Caja de Pandora, con todos los males dentro, se tratase (Carta a Páez, fechada en Lima el 4 y 8 de Agosto de 1826). A medida que pasa el tiempo, el desencanto de Bolívar va adquiriendo tonos más negativos. Tras muchos años de combate - dice Bolívar en Bogotá, el 29 de Enero de 1828 - la patria ha parido "a una hermana más cruel que Megera, más parricida que Júpiter y más sanguinaria que Belona: es la anarquía". Un año más tarde, en carta a J. Mosquera escrita en Fucha el 8 de Marzo de 1830, el Libertador, en lo que puede ser una de sus últimas alusiones al mundo clásico, se ve como un nuevo Laocoonte ahogado por las serpientes de la infamia: "¡ Ay amigo, mi aflicción no tiene medida, porque la calumnia me ahoga como aquellas serpientes de Laocoonte!".

En cuanto a los dioses griegos, que Bolívar suele mencionar bajo su nombre latino, ya en 1815 advertimos un interés por adaptar o aclimatar lo clásico al suelo americano, llamando a Quetzalcóatl "el Hermes de la América del Sur" ("Carta de Jamaica", 6 de Septiembre

de 1815), esfuerzo que ya hemos visto acabaría en fracaso. Nada tiene de extraño que el poder norteamericano sea equiparado al de Zeus-Júpiter tonante "sin dejar de tener la elevación de Franklyn que con su mano tomó al cielo su fúlmine" (Carta a M. Lorenzo Vidaurre, fechada en La Paz el 30 de Agosto de 1825) o que la talasocracia inglesa se compare con "el tridente de Neptuno y el carro de Anfitrite" (Discurso pronunciado en Bogotá, el 13 de Enero de 1815, y Carta a M. Castillo, fechada en Rosario de Cúcuta el 21 de Julio de 1820). En tono más negativo, "los maestros de escuela" se parecerán "más a Plutón que a filósofos benignos" (Artículo de prensa sobre la Instrucción pública, 1825).

Como estamos intentando demostrar en el presente trabajo, en cada uno de los aspectos tratados vemos un progresivo pesimismo en las referencias bolivarianas al mundo griego antiguo, que desemboca en un desencanto final a medida que la situación del propio Libertador se iba haciendo más difícil. Así también ocurre con los dioses: si en 1821 (Discurso ante el Congreso de Colombia) cree que ha llegado el momento de que la espada sea sustituida por "la balanza de Astrea", esto es, la justicia,<sup>7</sup> en 1825-6 (Cartas a Santander fechadas en Lima, el 9 de Febrero de 1825, y en Magdalena, el 7 de Abril de 1826, respectivamente) sus palabras ya aparecen llenas de reserva, pues acepta la comparación con el tirso o caduceo conciliador de Mercurio "que reúne amistosamente las serpientes" que sin él "se despedazarían". Unos años antes, en 1823, ya había escrito a F. Rodríguez del Toro en un tono lleno de amargura y solemnidad: "parece que se ha verificado la fábula de Saturno; la revolución se está comiendo a sus hijos" (Guayaquil, 30 de Mayo de 1823).

---

<sup>7</sup> Como vemos, las referencias a veces adoptan un tono bastante culto, como cuando compara negativamente el regreso de su tío a Caracas, más avejentado pero no más sabio, con el sueño del legislador y poeta Epiménides de Creta (Carta a E. Palacios, Cuzco, 10 de Julio de 1825).

## BIBLIOGRAFÍA

- Briceño Perozo, M., *Reminiscencias griegas y latinas en las obras del Libertador*, Caracas, 1992.
- Nava, M., "La conciencia de la herencia clásica en el ensayo y la oratoria venezolanos del siglo XIX", *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos*, 1, 1996.
- \_\_\_\_\_, *Envuelto en el manto de Iris. Tradición Clásica y Literatura venezolana de la Emancipación*, Mérida, 1996.